

Textos de la celebración de la Eucaristía

Primera Lectura: del libro de Isaías (50, 5-10)

En aquellos días dijo Isaías:

El Señor Dios me ha abierto el oído; y yo no me he rebelado, ni me he echado atrás. Ofrecí la espalda a los que golpeaban, la mejilla a los que mesaban mi barba. No oculté el rostro a insultos y salvazos. Mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido, por eso ofrecí el rostro como pedernal, y sé que no quedaré avergonzado. Tengo cerca a mi abogado, ¿quién pleiteará contra mí? Vamos a enfrentarnos: ¿quién es mi rival? Que se acerque. Mirad, mi Señor me ayuda; ¿quién probará que soy culpable?

Salmo Responsorial: Sal 114, 1-2. 3-4. 5-6. 8-9

R/. Caminaré en presencia del Señor,
en el país de la vida.

Amo al Señor, porque escucha
mi voz suplicante;
porque inclina su oído hacia mí,
el día que lo invoco. R/.

Me envolvían redes de muerte,
me alcanzaron los lazos del abismo,
caí en tristeza y angustia.
Invoqué el nombre del Señor:
«Señor salva mi vida.» R/.

El Señor es benigno y justo,
nuestro Dios es compasivo;
el Señor guarda a los sencillos:
estando yo si fuerzas me salvó. R/.

Arrancó mi alma de la muerte,
mis ojos de las lágrimas,
mis pies de la caída.
Caminaré en presencia del Señor,
en el país de la vida. R/.

Segunda Lectura: de la carta del apóstol Santiago (2, 14-18)

Hermanos míos:

¿De qué le sirve a uno decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar?

Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: «Dios os ampare: abrigaos y llenaos el estómago», y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Esto pasa con la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro.

Alguno dirá: —Tú tienes fe y yo tengo obras. Enséñame tu fe sin obras y yo, por las obras, te probaré mi fe.

Evangelio: san Marcos (8, 27-35)

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Felipe; por el camino preguntó a sus discípulos: —¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos le contestaron: — Unos, Juan Bautista; otros, Elías, y otros, uno de los profetas. Él les preguntó: — Y vosotros, ¿quién decís que soy?

Pedro le contestó: —Tú eres el Mesías.

Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie.

Y empezó a instruirlos:

—El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días.

Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro: —¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!

Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo:

—El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará.



1. Palabra

En el proceso de maduración del discípulo de Jesús, representado por Pedro, la escena del Evangelio de hoy plasma el momento crítico:

Jesús ha desconcertado a los discípulos, pues hacía signos, milagros que respondían a sus expectativas, por un lado; pero, por otro, Jesús no cedía a las presiones y pretensiones que intentaban asimilarlo al Rey mesiánico vencedor y glorioso.

En Cesarea de Filipo han de definirse. Llegan al acto de fe en Jesús por encima de sus desconciertos.

Sin embargo, en cuanto Jesús anuncia su pasión, es decir, su camino de sufrimiento y fracaso, el discípulo se escandaliza. ¿Qué fe es ésta, que se echa atrás en el momento decisivo? ¿Es problema de valor?

No. Pedro querrá entregar su vida en la noche del Jueves Santo. Es cuestión de seguir a Jesús, confiando en los planes de Dios.

2. Vida

En el proceso de maduración de todo creyente hay dos etapas:

Primera:

Dios responde a las expectativas de liberación. El domingo pasado hemos reflexionado sobre ello. Corresponde al acto de confesión mesiánica de Pedro. Es verdad que la experiencia de la liberación ha estado ligada al sufrimiento; pero éste se atribuye a los condicionamientos que impiden la libertad interior.

Segunda:

Dios nos llama a compartir con Jesús su destino redentor a través del sufrimiento. Lo que cuenta no es la experiencia de liberación, sino el amor que toma la cruz. Se sabe de antemano que «hay que perder la vida para ganarla»; pero la sensación no es de ensanchamiento liberador, sino de reducción y agujero, de entrar en las tinieblas.

¿En qué etapa te mueves habitualmente? Hay muchos que se someten a Dios y a las pruebas de la vida, y nunca experimentan la liberación. ¿Por qué? ¿Qué sabemos?

Los que hemos tenido la suerte de vivir un proceso de liberación, tenemos el peligro de aferrarnos a él. No terminamos de seguir a Jesús. Todavía estamos esperando a que realice nuestras expectativas.

1Te alabaré, Señor, santísimo Padre, Rey del cielo y de la tierra, * porque me has consolado (cf. Is 12,1).

2Tú, oh Dios, eres mi salvador; * actuaré confiadamente y no temeré (cf. Is 12,2).

3Mi fuerza y mi alabanza es el Señor, * y se ha hecho salvación para mí (Is 12,2).

4Tu diestra, Señor, se ha engrandecido en la fortaleza; ' tu diestra, Señor, hirió al enemigo, * y en la inmensidad de tu gloria derribaste a mis adversarios (Ex 15,6-7).

5Que lo vean los pobres y se alegren; * buscad a Dios y vivirá vuestra alma (Sal 68,33).

6Alábenlo el cielo y la tierra, * el mar y cuanto se mueve en ellos (Sal 68,35).

7Porque Dios salvará a Sión, * y se reconstruirán las ciudades de Judá (Sal 68,36 - R).

8Y habitarán allí, * y la adquirirán en herencia (Sal 68,36).

9Y la estirpe de sus siervos la poseerá, * y los que aman su nombre habitarán en ella (Sal 68,37).

